



Métodos Catequísticos

Por T. E. Márquez.

Encabezamos este apartado sobre los Métodos de pedagogía catequística con un diálogo de las doctrinas del P. Sautu.

El P. Sautu es conocido en España por su gloriosa historia de Misionero rural. De su oratoria sagrada —concisa, acerada y férrea, como su carácter— han quedado muy profundos recuerdos orales, pero escasos o ningunos testimonios literarios. Y es que a su celo ardiente unió el P. Sautu una humildad ejemplar, que explica su completo oscurecimiento en los años de su ancianidad laboriosa, ocupada en la Curia Generalicia de los Jesuitas de Roma en menesteres tan delicados como anónimos. Fortuna grande fué para los catequistas de habla española el que en varias de sus misiones le hubiera acompañado el joven y malogrado P. Alfonso Macua.

A él le debemos el favor de haber perpetuado en letras de molde una doctrina del P. Sautu. El P. Sautu no forma una nueva escuela pedagógica, pero es admirable en la aplicación del conocido método directo. Diáfano, intuitivo y popularísimo, aunque el P. Macua no lograra traducir al papel todo el vigor de su mímica, de sus gestos, de sus inflexiones de voz, el P. Sautu resulta un maestro perfecto de catequistas. Como ejemplo concreto presentamos hoy a los lectores de SIC su exposición del Misterio de la Trinidad.

Una Doctrina del Padre Sautu

Con que, vamos a ver, quién hizo el mundo? *Dios*. Y, cuántos dioses hay? *Uno sólo*. Y, cuántas personas? *Tres distintas*. Que son? *Padre, Hijo y Espíritu Santo*. Cuál es la primera? *El Padre*. Cuál la segunda? *El Hijo*. Cuál es la tercera? *El Espíritu Santo*. El Padre es Dios? *Sí, Padre*. El Hijo es Dios? *Sí, Padre*. El Espíritu Santo es Dios? *Sí, Padre*. Toma, pues entonces salen tres Dioses. *No, Padre*. Que no? *No, Padre*. Pues veréis cómo salen tres. El Padre es Dios? *Sí, Padre*. Un Dios, verdad? (No se atreven a responder, porque sospechan que se les arma alguna). Pero, hijos, vuelve a insistir el Padre, no habéis dicho que es Dios el Padre? *Sí, Padre*. Pues entonces, qué dificultad podéis tener en decir que es un dios? El Padre es Dios, luego un dios, verdad? *Sí, Padre* (responden al fin, aunque con frialdad y recelo). Ya tenemos uno. (Miradas de desconfianza). El Hijo también es Dios? *Sí, Padre*. Pues otro dios. *No, Padre*. Cómo que no? Pues si es dios, otro dios. (Las personas mayores, que presencian los toros desde talanquera, se ríen; a los niños, en cambio, no les hace gracia el verse en semejante aprieto).

—Veréis cómo tengo razón. (Y se apela al argumento intuitivo, que acaba por derrotarlos). Venid acá, vosotros: tú,

tú y tú (y salen tres guapos chicos). Cómo te llamas tú? *Mariano*. Y tú? *Cirilo*. Y tú? *Alejandro*.

—Aquí tenéis a Mariano, a Cirilo y a Alejandro. (Risas de gusto). Mariano es chico, un chico (y se pasan de un lado a otro, según se fueran). Cirilo es chico, otro chico. Alejandro es chico, otro chico. Y un chico y otro chico y otro chico, cuántos chicos son? *Tres!* (exclaman con gran voz *todos a un tiempo*). Pues eso es lo que digo yo. El Padre es Dios, un dios. El Hijo es Dios, otro dios. El Espíritu Santo es Dios, otro dios. Y un dios (contando con los dedos) y otro dios, y otro dios. Cuántos dioses son? *Tres!* (dicen con poco entusiasmo).

—Acabáramos! De modo que habéis dicho al principio que no había más que un Dios y ahora resulta, echando las cuentas, que son tres. Así que debe de estar mal la doctrina que os enseña el Señor Cura en la Iglesia o tal vez no estén bien las cuentas que aprendéis en la escuela con el señor Maestro... (Pausa).

Con que, hijos míos, es que no habéis respondido bien. Aquí sí resultan un chico y otro chico y otro chico, tres chicos; pero en Dios no es así. No son un Dios y otro Dios y o.

—Dios: sino una persona y otra persona y otra persona del mismo Dios. Lo vais a entender muy bien. (Sentáos vosotros dos y que se quede Mariano).

—¿Hay por ahí algún espejo?, dice el Padre dirigiéndose al sacristán. (Señales de que no hay). Bueno, es lo mismo. (Toma el Padre una de las sacras del altar y dice a los chicos). Figuráos que este cuadro es un espejo y se lo pongo a Mariano delante de la cara para que se mire. Qué se vé en el espejo? *La cara de Mariano.* Bien. Pues esperad un poco. Traigo otro espejo y se lo pongo también delante de la cara: —¿qué se vé en este otro espejo? *La cara de Mariano.* Perfectamente. Y cojo otro tercer espejo y también se lo pongo delante. ¿Qué veo en este tercer espejo? *La cara de Mariano.* De modo que resultan: Tres espejos y tres caras de Mariano, una en cada espejo. —no es así? — *Sí, Padre.* Pero, cuántos Marianos verdaderos? *Uno sólo.* (dicen en medio de gran hilaridad). Tres caras distintas y un solo Mariano verdadero. En un espejo, una cara, de Mariano; en otro espejo, otra cara, pero del mismo Mariano; y en el otro, otra cara, pero siempre del mismo Mariano.

Una cosa parecida sucede en Dios: Son tres personas distintas, pero del mismo Dios. ¿El Padre es Dios? *Sí, Padre.* ¿un Dios? *El Hijo es Dios, sí Padre.* ¿Otro Dios? *No, Padre.* Otra Persona del mismo Dios. El Espíritu Santo es Dios, *sí Padre.* ¿Otro Dios? *No, Padre.* Otra persona..... del mismo Dios. Véis qué bien? Tres personas distintas y un sólo Dios verdadero: como eran tres caras distintas de Mariano, pero un solo Mariano verdadero. *Sí Padre.*

—A ver cómo repetís. El Padre es Dios? *Sí Padre.* ¿un Dios? *verdad? Sí, Padre.* ¿El Hijo es Dios? *Sí, Padre.* ¿Otro Dios? *No, Padre.* otra persona del mismo Dios. El Espíritu Santo es Dios? *Sí, Padre.* ¿Otro Dios? *No, Padre.* otra persona del mismo Dios. Y así resultan tres personas y..... *Un sólo Dios verdadero.*

Esto, queridos míos, no entendemos cómo puede ser, pero lo creemos. ¿Por qué? Porque Dios mismo nos lo ha enseñado. ¿Queréis que os cuente un cuento? *Sí, Padre.* Oid. Había un hombre que se llamaba Agustín, y fué muy malón hasta que tuvo treinta años, pero acudió a unas misiones que daba un Obispo muy santo, y muy sabio que se llamaba Ambrosio. Y,

oyendo a San Ambrosio, Agustín se convirtió y se hizo un gran santo y llegó a ser Obispo, y tan sabio que en su tiempo era el que más sabía en la Iglesia de Dios. Pues bien, San Agustín quiso escribir un libro para explicar a los fieles cómo Dios es tres personas distintas y un solo Dios; y como para predicar y escribir hay que pensar antes mucho, se fué a meditar allá en una gran playa del mar africano, junto a la ciudad de Hipona, donde él era Obispo.

Y andaba paseando y paseando, muy pensativo, allá por el gran arenal, cuando de repente advirtió que un pequeñín, más pequeñín, que estos que tengo delante, muy guapo, muy listo, muy rubio, con sus cabellos ensortijados, andaba muy afanoso con una conchita pasando agua del mar a un hoyito que había él mismo abierto en la arena. Un viaje, otro viaje; todo era ir y venir.....

Y el Santo le preguntó: ¿Qué estás haciendo ahí niño hermoso? y el niño le respondió: Estoy pasando el agua del mar a este pocito. Ay, querido! Pero no ves que eso es imposible? Tu pocito es muy pequeño y el mar es muy grande. —Más imposible es lo que tú pretendes hacer. —¿Qué me dices? —Sí, porque tú quieres comprender lo que es Dios, quieres meter a Dios en tu cabeza; y tu cabeza es más pequeña que mi hoyo, y Dios es más grande que el mar. —Niño divino— ¿quién te ha enseñado a ti eso?, iba a decirle San Agustín... Pero no se lo dijo, porque en aquel mismo instante el niño..... desapareció.....

¿Quién era aquél niño? *El Niño Jesús! o un angel del cielo.* Pero qué razón tenía el niño, verdad? *Sí, Padre.* Para comprender nosotros a Dios, o Dios tiene que ser tan pequeño como nosotros, o nosotros tan grandes como Dios ¿no es así? Y —es Dios tan pequeño como nosotros? — *No, Padre.* Y nosotros somos tan grandes como Dios? *No, Padre.* Luego tiene que haber en Dios cosas (misterios) que nosotros no podemos entender. *Sí Padre.* Pues uno de esos misterios es el de la Santísima Trinidad. No, como en nosotros, un hombre una persona; sino un Dios, tres personas distintas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. No entendemos cómo pueda ser, pero lo creemos. ¿Por qué? Porque Dios lo ha revelado (lo ha dicho) y la santa Madre Iglesia así nos lo enseña. Y Dios no miente, ni se engaña la Iglesia.

Deber de Urgencia

Por Max. Castillo.

En Venezuela, como en España, como en Italia, como en toda tierra de raigambre cristiana, la fé del pueblo no es fruto de una investigación concienzuda. Es un bien heredado; nos la dieron nuestros padres como la lengua y la sangre. Es un tesoro que otros acumularon. A nosotros nos bastó abrir las arcas para dar con él.

Sin embargo, esto no disminuye el valor de nuestras creencias. Estas tienen más fuertes sus raíces mientras más agarradas estén a los siglos.

Pero hace falta el estudio. Debemos inquirir con ahínco en la documentación en que se funda esa herencia cristiana que hoy poseemos. Ayer nos bastó conocerla para amarla. Hoy, cuando propagandas subversivas tratan de agostar la fe del pueblo venezolano, es imprescindible un estudio más serio y más profundo de la fé.

Plácenos felicitar a tantas almas abnegadas que han comprendido esta realidad. Aquí y allí han surgido centros catequísticos para recoger a los niños y tallarlos a

lo cristiano. ¡Muy bien! Nosotros los vamos a ayudar.

Enrumbaremos esta sección de SIC a suministrar métodos pedagógicos a los catequistas, sacerdotes o seglares, que trabajan por el mejoramiento de nuestra fe.

Puede ser que más tarde dediquemos un apartado ameno e instructivo para los niños.

Por ahora nos limitaremos a un programa exclusivo para los organizadores de las catequesis. Haremos resúmenes sobre teorías de enseñanza. Presentaremos el desarrollo completo de las escuelas del Ave María, del Arcipreste de Huelva, etc. Insistiremos en la manera de poner en práctica el METODO DIRECTO. Accederemos gustosísimos a las preguntas que se nos hagan sobre libros, figuras, epidiáscopos etc.

No pasarán desapercibidas las insinuaciones que se nos hagan referentes al método.

Procuraremos proporcionar diálogos, poesías, material para actos catequísticos; todo muy ameno y útil.